

ARTURO ARNAU

EL SECRETO DEL AGUA

La novela sobre cambio climático y agua



Este libro está impreso sobre papel ecológico.

© Arturo Arnau, 2007
Reservados todos los derechos.

«No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.»

Ediciones Díaz de Santos
Internet: <http://www.diazdesantos.es/ediciones>
E-mail: ediciones@diazdesantos.es

ISBN: 978-84-7978-820-9
Depósito Legal: M. 21.710-2007

Fotocomposición: P55 Servicios Culturales
Diseño de cubierta: P55 Servicios Culturales
Impresión: Fernández Ciudad
Encuadernación: Rústica-Hilo

Printed in Spain - Impreso en España

A M^a Dolores, Alba y Artur.

1

Una gota de agua de condensación se precipitaba por el exterior del vaso de horchata fresca apoyado sobre la mesa de caoba del despacho del director. En la sede valenciana de la Water Corporation ya pasaba de la medianoche, y sólo tres personas se encontraban en el edificio: el director delegado, Robert Graves, y sus dos guardaespaldas.

Las manos nudosas de Robert asieron el vaso con firmeza y lo llevaron hasta su boca seca; enseguida el líquido se hundió por su esófago produciéndole una sensación de alivio en aquella noche extrañamente calurosa del mes de diciembre.

Robert se acababa de dar un baño en la piscina con mosaico de delfines y mármoles policromados que formaba parte de su amplia oficina, un albornoz de algodón cubría su cuerpo sexagenario.

De pie, junto a la mesa, Robert dejó que su mirada se perdiera en el techo del despacho, cubierto de porcelana de Castellón con motivos mitológicos y, sin saber por qué, su mente comenzó a hacer un rápido repaso de lo que habían sido sus veinte años en el cargo, como si hubiese llegado el momento de hacer balance.



1



Veinte años al frente de la delegación en Europa de aquella multinacional dedicada al aprovechamiento de los recursos hídricos. Bajo su dirección, la empresa había construido decenas de centrales hidroeléctricas, varios canales navegables, y había modernizado buena parte de los puertos del Mediterráneo. Aunque de lo que más orgulloso se sentía Robert era del esfuerzo que la empresa dedicaba a construir espacios de ocio en los que el agua era la protagonista, como los parques acuáticos y los baños públicos de una veintena de ciudades europeas. Precisamente, su despacho estaba situado dentro del recinto que ocupaban los baños de la ciudad de Valencia.

Robert reconocía que la empresa correspondía a su trabajo de manera generosa: un salario de ochenta millones de euros, una mansión con campo de golf a las afueras de la ciudad, estudios para sus hijos en la Universidad de Harvard, chófer, y jet privado esperándole en el aeropuerto. Pero tampoco ignoraba que con todo esto se le pagaba algo más que su trabajo, también se pagaba su silencio.

El cargo de director delegado de la Water Corporation conllevaba ciertas obligaciones que no eran de dominio público, es más, que se llevaban en el mayor de los secretos. Robert era una de las doce únicas personas de la empresa, y de todo el mundo, que conocía el secreto milenario del agua, algo que no podía revelar sin poner en peligro su vida. Y precisamente en aquellos momentos, de pie junto a la mesa de su despacho, y con el vaso de horchata aún en la mano, era consciente de que su vida corría peligro.

En el antedespacho de Robert se rompió el velo de silencio cuando empezó a resonar la melodía polifónica de un

teléfono móvil. Era el celular de Juan Fernández, que estaba acompañado por su hermano José, dos gemelos de piel oscura y agrietada, casi dos metros de estatura y músculos de gimnasio. Los Fernández eran guardaespaldas del director delegado desde hacía cinco años.

Alguien llamaba desde Washington.

—Hello!

—Hola Juan, soy William Hammer, el jefe de seguridad de la Water Corporation, tengo una orden para ti.

—Usted dirá, señor— contestó Juan haciéndole a su hermano un mohín de sorpresa porque no era habitual que le llamasen desde Estados Unidos, y menos el jefe de seguridad de la empresa.

—Has de acabar con la vida de Robert Graves, —y añadió con voz rotunda—, y has de hacerlo ahora mismo.

La orden recibida resonó como un martillazo en el cerebro de Juan, y enseguida sus ojos comenzaron a agitarse como si estuviesen buscando un sitio por donde escapar de sus órbitas.

—Cobramos por guardarle las espaldas, ¿cómo vamos a asesinarle?, balbuceó Juan en un último intento de escapar a aquella orden inesperada y siniestra que le estaban dando desde América. Pero su interlocutor aumentó la intensidad y gravedad de su voz para dejar bien claro el rango de cada cual.

—Te pagamos lo suficiente para que cumplas las órdenes sin rechistar. Si te parece mal, vuelve con tu hermano a pasar hambre en las calles de Bogotá, de donde os saqué cuando apenas teníais quince años y os mal alimentabais en los cubos de basura, —y su voz tronó como si fuese el final de una traca— inunca más añadas un pero a mis órdenes!

